

和 平

Tres relatos

Demian Marín

Los dos virtuosos de la paz

“EN LOS TIEMPOS de la dinastía Chu, en el reino de Con Chu, el soberano tenía dos hijos a los que amaba con devoción, pero tenía más cariño por el hijo menor. El mayor, en vez de sentir celos de su hermano, unía su afecto al del monarca y lo cuidaba y protegía como si fuera su madre. El menor, en lugar de convertirse en un necio a causa de las caricias constantes, se esforzaba día con día en hacerse merecedor del privilegio.

”Al morir el rey, los hermanos huyeron, cada uno por su lado. El mayor sabía que sería coronado como sucesor, pero creyó que de esta manera mancillaría la memoria de su padre, quien seguramente hubiera preferido al menor como heredero. El menor por su parte pensó que, de permanecer en el reino, estorbaría en el justo derecho que tenía su hermano de convertirse en monarca de Con Chu. Y así, sin legítimo sucesor, el reino se sumió en la guerra civil más cruenta de la que se haya tenido noticia.

”Sin embargo, la gente de Con Chu tenía la esperanza de que los hermanos regresaran algún día y que trajeran consigo la paz tan ansiada. Todos reconocieron el sacrificio que habían hecho los hermanos el uno por el otro, y aceptaron la guerra como el destino del reino.

”Hay quien dice que nunca nadie más los vio. Otros aseguran que los hermanos se reencontraron en

el exilio, y que, amargados por la cruel fortuna de su pueblo, murieron de tristeza. Algunos más manifiestan que su santidad los convirtió en estrellas y que, por eso, en Con Chu se aprecia en las noches un baile de luceros que avanzan brillantes y luego se apagan. Son muchas las historias, pero todos están de acuerdo en una cosa: el día que alguien encuentre a los hermanos, en ese momento habrá paz y nunca más desaparecerá.”

Aquí están sus restos, frente a mis ojos, después de tanto tiempo de búsqueda. Con sorpresa descubrí juntos a los dos virtuosos de la paz, abrazados y fundidos en un beso eterno, dos esqueletos que se confunden en uno, dos restos de la santidad narrada tantas veces por mi honorable padre. Siempre dudé de la veracidad del relato, siempre pensé que era tan sólo una leyenda. Pero era la única esperanza para que regresara la paz a nuestro pueblo.

Ahora creo que por fin acabará la guerra, que los invasores se irán para siempre. Hoy será el día más feliz de mi padre y de mi pueblo.

Coloco suavemente en el palanquín a los dos virtuosos de la paz. Los transporto con cuidado, procuro no moverlos mucho. Mi sonrisa se borra cuando veo mi casa en llamas, a mi honorable padre calcinado. Lo último que oigo es el crujir de los huesos cayendo al suelo.

中秋節

Fiesta de Heng Ugo

Los frutos destellan dispuestos sobre la mesa ceremonial. Su brillo se refleja en los rostros de las mujeres que organizan los preparativos. Una rama de flores de amaranto rojo corona el recinto adornado con seda tinturada. Suaves tañidos hacen olvidar el ajeteo. La ceremonia de Heng Ugo está vedada a los hombres.

Desde su habitación, Bai-hua observa a las niñas que cantan y ponen las ceras, los platos. Bai-hua se muerde las uñas, se toca las cicatrices del cuerpo que sólo con el tacto se delatan. Busca manchas en su piel, alguna que no haya visto. Busca y no encuentra.

El día de Heng Ugo es día de cosecha, día de fertilidad. Las mujeres se apuran, cortan los frutos del albaricoquero repleto, preparan el festival en la aldea. La luna aparece para recibir las galas.

Bai-hua observa todo. Se pasea de un lado a otro, se desviste, se vuelve a vestir. Los fuegos artificiales comienzan, la sorprenden. Su cuerpo se ilumina con cada estallido.

La luna es grande. Es luna llena, luna de liebre, luna elixir de la vida. La música se detiene. Yi-hsi, la esposa del bonzo, recita un discurso de agradeci-

miento. Todas la miran en silencio. Bai-hua observa en la sombra. El otoño que empieza sacude las hojas de los árboles y estremece la piel ennegrecida de las convidantes.

Los frutos y los granos se reparten. La mesa queda desierta. Yi-hsi, la esposa del bonzo, palmea dos veces. Luego suena un gong. Aparece Bai-hua, que avanza hacia la mesa. Se sube de un salto. Las otras la miran.

Bai-hua se quita la ropa. Su piel deslumbra, la luz de la luna ilumina su piel. Bai-hua es la luna. No existen manchas, lunares ni pecas, sólo la piel transparente y blanca. Yi-hsi la examina. Todo es perfecto en esa piel monocroma. Dos mujeres la bañan con agua perfumada. La luna sonrío, se lleva una fresa a la boca.



Wei Qi

En la ribera del Hoang Ho se dispuso un gran tablero con trescientos sesenta y una intersecciones donde se dieron las masacres más memorables de la Guerra Amarilla. Nuestro señor, rey de Yin Chuan y descendiente directo de la honorable familia Si Hsia, acataba la tradición familiar que consistía en llevar a cabo un juego infinito de Wei Qi contra el señor de Yen Gan. Nadie recuerda el inicio de esta guerra. Se dice que comenzó con la caída de la dinastía Han. Nosotros sólo vemos muerte de lanzas y enfermedades que azotan nuestro pueblo.

Las fichas de Yin Chuan que lograban rodear a las de Yen Gan eran rápidamente quitadas del tablero de combate. Las piras funerarias se acostumbraban entre ambos reinos. Ningún ejército avanzaba más allá del Hoang Ho, estaba prohibido. Sólo los mensajeros que mantenían en comunicación a ambos reyes poseían el derecho de cruzar el río. Nadie de nosotros, ni siquiera nuestro señor, conocía las tierras de Yen Gan.

Hace unos años, cuando llegó T'ie Mu-jen del norte con sus caballos y sus flechas, todos pensamos que el juego sangriento de Wei Qi entre nuestros señores

había acabado, que la dualidad de fichas blancas y negras caería a pedazos con la intromisión de otro color. Pero T'ie Mu-jen, temible guerrero y supersticioso ignorante, quedó sorprendido al presenciar la forma en que hacíamos la guerra; esto es, esperando en el bosque la llegada del mensajero, quien nos indicaba el movimiento que nuestro señor había ejecutado en su tablero personal, y llevando al pie de la letra las órdenes recibidas.

Se cuenta que el guerrero T'ie Mu-jen quiso tomar parte en nuestra guerra, y que los grandes maestros de Wei Qi de ambos reinos se disputaban la enseñanza de este juego al memorable hombre-caballo. También se cuenta que T'ie Mu-jen partió de inmediato rumbo a la Ciudad del Sol con la esperanza de encontrar un terreno de trescientos sesenta y una intersecciones para luchar, y de que el emperador Tsi Ong-hei fuera un buen contrincante.

Dejo de escribir, el ejército de Yen Gan avanza hacia nosotros. Ellos también tienen instrucciones. Ahora debo tomar esta lanza para clavarla en mi estómago. 